

¿Cómo está la democracia? ¿cómo estamos las mujeres?	Título
Henríquez, Narda - Autor/a;	Autor(es)
Chacarera (No. 36 ene 2008)	En:
Lima	Lugar
Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán	Editorial/Editor
2008	Fecha
	Colección
Gestión pública; Desigualdad; Participación política; Rol de la mujer; Mujeres; Democracia; Gobierno; Equidad de genero; Equidad social; Perú;	Temas
Artículo	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Peru/cmp-flora-tristan/20120824012753/democracia36.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



Este artículo fue presentado por la autora en un conversatorio, organizado por Mujeres por la Democracia-Mude y hace un balance del proceso democrático en el país y la situación y rol de las mujeres en él.



¿Cómo está la democracia? ¿Cómo estamos las mujeres?

Narda Henríquez*

El tema que convoca a esta reunión —¿qué pasa con la democracia y qué pasa con las mujeres?— responde a la motivación colectiva del Mude para aportar a una reflexión más sostenida sobre el país, que nos permita dialogar con la coyuntura, pero también ir más allá de ella.

Los tiempos de hoy no son fáciles; nos envuelven continuamente en constantes retos y urgencias que tenemos que atender. Esas urgencias tienen que ver, a veces, con los programas sociales y el trabajo de las organizaciones de base. Luego se suscitan nuevas urgencias, vinculadas a los conflictos sociales y, después otras, relacionadas con el terremoto en el Sur. En otras ocasiones, las urgencias se relacionan con la Comisión de la Verdad; después con el caso Mantilla. Y así, han pasado durante este último año distintas coyunturas cada una con sus urgencias.



Frente a esos acontecimientos, cómo nos colocamos quienes queremos mirar nuestro país con cierto grado de compromiso político-ciudadano, para aportar en la retroalimentación de las fuerzas sociales organizadas, a las reflexiones críticas. Se trata no solo de aportar con propuestas en los campos que usualmente nos movemos las mujeres, sino también en aquellos que podemos llamar «duros»: el presupuesto de la república, la seguridad nacional, la seguridad ciudadana, la economía. ¿Cómo nos colocamos frente a los asuntos mencionados?

Esta intervención está organizada en tres partes. La primera la he denominado, ¿qué país tenemos? La segunda, ¿qué gobierno tenemos? Finalmente, haré algunas reflexiones sobre ¿qué democracia tenemos? Y, a lo largo de esta presentación, nos planteamos la pregunta ¿y las mujeres, qué?

El Perú hoy

Sobre ¿qué país tenemos? voy a señalar muy rápidamente algunos datos que grafican los problemas que enfrentamos. El problema central, se ha dicho, es la pobreza como también la desigualdad. Entre las mujeres, la desigualdad es algo que «comunica», nos permite vincular las cuestiones «duras» y aquellas que nos parecen más cercanas a nosotras. Las duras se refieren, por ejemplo, a la relación entre salarios y utilidades. Según un informe de la Mesa de Lucha contra la Pobreza, si comparamos la evolución de los salarios y la de los excedentes, encontraremos que esa desigualdad ha ido creciendo a lo largo de los últimos años: las utilidades de las empresas han aumentado en tanto que los salarios han disminuido. No es ninguna novedad lo que pasa con los salarios, lo vivimos día a día, pero que las utilidades hayan aumentado es un dato que no siempre conocemos, y que resulta escandaloso en un país como el nuestro.

Debemos aclarar que, más allá de la gestión de un gobierno, la relación salarios- utilidades es una tendencia registrada a lo largo de los últimos gobiernos que no ha podido ser revertida. Pero hoy nos dicen que hay crecimiento, y entonces por qué no aspirar a que las desigualdades dismi-

nuyan; por qué nos siguen diciendo que el trabajo y los salarios tienen que seguir siendo flexibles mientras que las utilidades y las regalías no se tocan.

Hay un primer nivel de desigualdad que es estructural, sin duda, pero nos dice el Presidente que tenemos cinco años de crecimiento, heredado de gobiernos anteriores; entonces ya es momento de que alguna de estas tendencias estructurales se revierta. Vivimos situaciones tan escandalosas que se han vuelto estructurales y corremos el riesgo de acostumbrarnos, por ello es necesario conocer, analizar, cuestionar. Cuestionar, por ejemplo, por qué no se cobran las regalías mineras. Todo este año hemos estado preguntando al presidente Alan García por qué no cumple con su promesa electoral.

La desigualdad también se puede ilustrar a partir de algunos datos que el propio discurso del Presidente ha mencionado. Él ha dicho que va a disminuir en la mitad lo que los más ricos ganan respecto del resto. Con ello nos coloca ante un artificio de difícil medición, pues la comparación usual alude a la relación entre el sector más rico y el más pobre. ¿Saben cuántas veces es la diferencia entre estos dos sectores? En este momento, el 10% más rico respecto al 10% más pobre, tiene 29 veces más. Si el presidente alude a disminuir a la mitad esta diferencia estamos hablando de reducir la brecha ¿en cuánto? ¿En catorce veces? ¿doce veces? Vamos a vigilar el cumplimiento de este anuncio, pues forma parte de su discurso en el primer año de gobierno, ni siquiera es la promesa electoral. Esa tendencia debe revertirse, si él ha prometido que se va a revertir, ejerzamos la vigilancia.

América Latina es el más desigual de todos los continentes, de modo que estos problemas no son fáciles de revertir, pero hay cuestiones sobre las que los gobiernos deben y pueden actuar. Además, puesto que estamos en época de bonanza y de vacas gordas —de «burros gordos» vamos a decir de ahora en adelante, cambiando los términos—, entonces habrá que exigir que eso se cumpla.

La desigualdad también fue puesta en evidencia por la Comisión de la Verdad. El informe de la CVR planteó que había un abandono de determinadas zonas del país, que había un histórico va-

cío de Estado. Ello tiene que ver con cómo nosotros conocemos y reconocemos este país que es el nuestro, a aquellos que viven alejados y cómo ellos nos reconocen a nosotros/as y a las instituciones que nos gobiernan, como espacios legítimos que norman la convivencia. Creo que de un lado y del otro nos conocemos superficialmente, no nos conocemos bien, más aún cuando para ellos/as las instituciones son ajenas. En ese mismo sentido, hemos aprendido a reconocer a un «otro/a», pero no como un «otro/a» que forma parte de «nosotros/as».

Con el terremoto hay gran despliegue de solidaridad pero también de ineficiencia. Cómo y qué vamos a denunciar, vigilar, criticar. Hay circunstancias en las que es muy difícil trazar la línea en la que podemos movernos. Aunque las comparaciones son terribles, sabemos que algunos temas surgen y otros quedan de lado: el terremoto ha movilizó sensibilidades y no ocurre lo mismo con las secuelas del conflicto armado. En cuanto a la Comisión de la Verdad, quiero colocar solo un punto. No tanto el Informe como tal, que todavía sigue siendo desconocido por más de la mitad de la población, sino el problema de los vacíos y las brechas que el propio Informe denuncia y que tenemos que superar. Entre Alejandro Toledo y Alan García tendríamos que haber avanzado mucho más y no ha sido así. Estos son temas pendientes para los gobiernos y las nuevas generaciones. Las reparaciones tienen que ser garantía de que los acontecimientos no se repitan, y para ello es necesario que se lleven a cabo reformas.

Al respecto, una de las reformas sobre la que tenemos que ser vigilantes es la de la seguridad nacional y las tendencias militaristas. Por éstas no solamente aludimos a la presencia de las Fuerzas Armadas en las calles, sino a la creencia de que todo se resuelve con el principio de la fuerza, de la guerra y de la violencia. Y el principio de la guerra y el principio de la violencia es algo contra lo que las mujeres hemos luchado, es algo que nos permite ver dónde se conectan nuestros principios fundamentales sobre equidad de género, respeto a la diferencia, la no violencia. Tenemos así un conjunto de argumentos básicos, de principios fundamentales que plantear al país y a la agenda gubernamental.

La gestión aprista

Respecto de la administración aprista, podría decirse que hubo un momento electoral y otro de toma de gobierno. En el primero parecía que el discurso del presidente García era una reivindicación histórica y una propuesta social demócrata, para de algún modo «hacer justicia» al Apra. Pero lo que garantizó su triunfo no fueron sus propias fuerzas, por lo que tuvo que hacer un giro hacia posiciones muy conservadoras.

Eso en términos de política significa inercia respecto del desarrollo y respecto del modelo económico. Lo grave es que para otorgar garantías a la inversión de capital o a las grandes empresas, el Estado se ha ido replegando en el campo de la supervisión, de la prevención y de la regulación. De tal modo que, desde la época de Fujimori, se pensaba que tenía que irse hacia cambios a nivel institucional. Estos cambios no se han dado, al contrario, la situación ha empeorado: los mecanismos de regulación de este gobierno no han contribuido a restituir e institucionalizar aquello que Fujimori desmontó; eso es sumamente grave. Chile, que se tiene como el modelo liberal más importante, regula y supervisa calidad, licitaciones, etc.

Entonces, por el lado del gobierno, uno de los aspectos más preocupantes, aunque no es tan visible, es la desinstitucionalización que se ha ido repitiendo, que se va reproduciendo y que no ha logrado que se revierta en formas de gestión pública más equitativas, con garantía de que haya menos corrupción, que haya servicios públicos a los que podamos apelar. El terremoto pone en evidencia la ineficiencia, la desigualdad en el trato y en la atención, y la personalización de la ayuda que se está brindando. Ello abre las posibilidades de adoptar mecanismos clientelares en el uso de la ayuda, que no pueden sino repudiarse.

Por qué un presidente como Alan García tendría que recurrir a esos mecanismos. Hemos pasado de un «caudillo proveedor», como alguna vez Giulia Tamayo llamó a Fujimori, a un Alan García «patriarca seductor». No es que él sea realmente un patriarca —no tenemos un Estado patriarcal, es más bien un Estado paternalista—, pero me interesaba usar la figura patriarcal porque aunque él mismo pueda no advertirlo, se trata de un

personaje que considera que su palabra es la que cuenta y las/os demás deben alinearse; es lo que en teoría se llama la «palabra del amo».

Hoy, no solo nos preocupan los psicosociales que a la manera de Fujimori de cuando en cuando pueden reaparecer, sino un estilo de gobierno que se apoya en una especie de democracia virtual, construida y teatralizada a través de los medios de comunicación que, muchas veces, desinforma. Con ello se crea un sentido de la política que nos está desarmando como ciudadanas/os, que está desarmando nuestras posibilidades de actuar política y críticamente. Hay desinformación, hay vaciado de sentido, hay tendencia a la uniformidad de opinión pública y hay, además, estilos que no pasan por las instituciones que permitan consolidar los mecanismos ciudadanos, de supervisión de los servicios públicos, de vigilancia ciudadana y de eficiencia.

Una de las dificultades mayores en un mundo globalizado es que los poderes se invisibilizan, sobre todo los poderes económicos, quiénes son y dónde están. Desde hace algunos años, las/os especialistas trabajan sobre el modo en que se toman las decisiones, una buena parte de las cuales se definen fuera del país; a la vez, también, hay reformas que redefinen cómo se toman las decisiones dentro del país. El único medio que tenemos para garantizar que las tendencias económicas internacionales y la dinámica del mercado y de los intereses financieros globales no nos avasallen, es el Estado y la política. La política está muy fragmentada, las mediaciones que ejercían los partidos políticos muy debilitadas, pocas capacidades para articular esas respuestas, conflictos localizados que se resuelven bilateralmente.

Frente a ese panorama, respecto del gobierno, y en frases fáciles, ni el crecimiento económico chorrea, ni la democracia chorrea, ni la equidad de género chorrea. Hay que tener voluntad política para cambiar y avanzar en términos de equidad social y de género. Este gobierno comenzó proponiendo la pena de muerte para los violadores, sin tomar posición sobre los casos de violaciones que se produjeron durante el conflicto armado; algunas de esas mujeres tienen hijos ya con veinte años edad y es un tema sobre el cual no se ha hecho nada.

Este doble discurso del gobierno es alarmante, y nosotras como mujeres tal vez deberíamos hacer un poquito más de lo que estamos haciendo. Se produce una disociación entre lo que se discute en los medios de comunicación –pena de muerte para violadores– y nada sobre la CVR.

Al intensificarse los conflictos sociales, los voceros del gobierno no tuvieron otra respuesta que acusar a comunistas, senderistas, narcotraficantes de haberlos provocado. Todos estos argumentos se emiten sin el menor esfuerzo por comprender qué está pasando. Nadie, ningún partido, tiene la fuerza para articular un movimiento social de las dimensiones que tuvimos. Todas fueron demandas muy parciales que coincidieron en un contexto de precios en alza, en el que la tendencia era hacer balances, y eso permitió que se produzcan oportunidades para la movilización –en teoría se habla de estructura de oportunidades– y que logran impacto en la agenda nacional. En buena hora. Pero no ha habido la posibilidad de entender qué significa esto, que no es nuevo. Todas esas demandas se repiten cada año y van a volver a repetirse. ¿Cómo tratamos esos conflictos?

Por consiguiente, promover equidad social y equidad de género, construir nuevos consensos sociales en donde tengamos una voz las mujeres, son algunas de las tareas.

En estos últimos años se ha expandido la ola conservadora en sectores de la Iglesia y de las Fuerzas Armadas, aún en instancias del sector público, como el Ministerio de la Mujer. Sin embargo, hay aprendizaje de derechos e inserción de las mujeres de diversos sectores sociales en espacios de acción pública. Por ello, la construcción de pactos y acuerdos hoy debe tener en cuenta no solamente las conquistas de las mujeres sino sus voces, y nosotras tenemos que ser capaces de tocar las puertas de los problemas de seguridad nacional, de seguridad ciudadana y las puertas del quehacer político. No podemos dejar que la corrupción vaya impune, que pase por nuestros ojos y que no se denuncie.

*Académica, integrante del Movimiento de Mujeres por la Democracia-Mude